

la venganza, y juró un odio eterno á aquel librero, al que sonreía.

—La poesía es como el sol, que hace crecer los bosques eternos y engendra los mosquitos y los moscardones—dijo Blondet.—No hay ni una virtud que no se vea doblada de un vicio. La literatura engendró los libreros.

—¡Y los periodistas!—dijo Lousteau.

Dauriat soltó una carcajada.

—¿Qué es esto, en fin?—dijo señalando el manuscrito.

—Una colección de sonetos capaces de avergonzar á Petrarca—dijo Lousteau.

—¿Cómo opinas de Petrarca?—preguntó Dauriat.

—Como todo el mundo—dijo Lousteau, que vió una sonrisa burlona en todas las bocas.

Luciano no podía enfadarse, pero sudaba la gota gorda.

—Bien, lo leeré—dijo Dauriat haciendo un gesto real que mostraba toda la magnitud de aquella concesión.—Si tus sonetos están á la altura del siglo décimo nono, haré de ti, pequeño mío, un gran poeta.

—Si es tan listo como guapo, no arriesga usted mucho—dijo uno de los oradores más famosos de la Cámara, que hablaba con uno de los redactores de *El Constitucional* y con el director de la *Minerva*.

—General—dijo Dauriat,—la gloria es doce mil francos de artículos y mil escudos de comidas; pregúnteselo al autor de *El Solitario*. Si el señor Benjamín Constant quiere hacer un artículo acerca de este joven, no tardaré mucho en cerrar el trato.

Ante la palabra general, y al oír nombrar al ilustre Benjamín Constant, la tienda tomó, á los ojos del gran hombre de provincia, las proporciones del Olimpo.

—Lousteau, tengo que hablarte—dijo Finot;—pero te encontraré en el teatro. Dauriat, acepto el negocio, mas con condiciones. Entremos en su despacho.

—Ven, pequeño mío—dijo Dauriat dejando pasar primero á Finot y haciendo un gesto de hombre ocupado á diez personas que esperaban.

Iba á desaparecer, cuando Luciano, impaciente, le detuvo.

—Se queda usted mi manuscrito; ¿cuándo sabré la respuesta?

—Mi pequeño poeta, vuelve dentro de tres ó cuatro días y veremos.

Luciano fué arrastrado por Lousteau, que no le dejó tiempo de saludar á Vernou, á Blondet, á Raul Nathán, al general Foy, ni á Benjamín Constant, cuya obra acerca de los Cien Días acababa de aparecer. Luciano entrevió apenas aquella cabeza rubia y delicada, aquel rostro oblongo, aquellos ojos inteligentes, aquella boca agradable, en fin, al hombre que durante veinte años había sido el Potemkin de madama Staël, y que hacía la guerra á los Borbones después de habérsela hecho á Napoleón; pero que debía morir aterrado de su victoria.

—¿Qué tienda!—exclamó Luciano cuando estuvo sentado en un coche de plaza al lado de Lousteau.

—¡Al Panorama Dramático, y aprisa! te daré seis reales—dijo Esteban al cochero.—Dauriat es un pícaro que vende por un millón quinientos ó seiscientos mil francos de libros al año; es una especie de ministro de la literatura—prosiguió Lousteau, cuyo amor propio estaba halagado y que se daba importancia ante Luciano.—Su avaricia, tan grande como la de Barbet, se ejercita en las masas. Dauriat tiene buenos modales y es generoso, pero vano; respecto á su inteligencia, se compone de todo lo que oye decir en torno de él; su tienda es un lugar excelente para frecuentarla. Puede hablarse allí con las personas más salientes de la época. Allí, querido mío, un joven aprende más en una hora que trabajando sobre los libros durante diez años. Discútnense allí artículos, maquinanse asuntos y trábase relación con personas célebres ó influyentes que pueden ser útiles. Para salir airoso hoy, es menester tener relaciones. Todo es casual, ya lo ve usted. Lo más peligroso es tener talento solo en un rincón.

—Pero ¡qué impertinente!—dijo Luciano.

—¡Bahl todos nosotros nos burlamos de Dauriat—repuso Esteban.—Al que necesita, lo pisotea; necesita él del *Diario de los Debates*, y Emilio Blondet le hace dar vueltas como una peonza. ¡Oh! si entra usted en el campo de la literatura, verá muchas cosas. ¿No se lo decía yo?

—Sí, tiene usted razón—respondió Luciano.—En esa tienda he sufrido aún más cruelmente de lo que esperaba, después de oír su programa.

—¿Y por qué se entrega usted al sufrimiento? Lo que nos cuesta nuestra vida, el objeto que durante noches estudiantinas ha arrasado nuestro cerebro, todas esas carreras á través

de los campos del pensamiento, nuestro monumento construido con nuestra sangre, se convierte para los editores en un buen ó mal negocio. Los libreros venderán ó no su manuscrito de usted. Aquí está para ellos el problema. Para ellos, un libro representa un capital á arriesgar. Cuanto más hermoso es el libro, menos probabilidades tiene de venderse. Todo hombre superior sobresale de las masas; así, pues, su éxito está en razón directa con el tiempo necesario para apreciar la obra. Ningún librero quiere esperar. El libro de hoy tiene que ser vendido mañana. Siguiendo este sistema, los libreros rechazan los libros substanciales que necesitan aprobaciones elevadas y lentas.

—¡Artez tiene razón!—exclamó Luciano.

—¿Conoce usted á Artez?—dijo Lousteau.—No hay nada más peligroso que las inteligencias solitarias que piensan, como ese muchacho, atraer el mundo hacia ellas. Fanatizando las imaginaciones jóvenes con una idea que halaga á la fuerza inmensa que sentimos al principio en nosotros mismos, esas gentes de gloria póstuma les impiden moverse á la edad en que el movimiento es posible y aprovechable. Yo estoy por el sistema de Mahoma, que, después de haber mandado á la montaña que fuese hacia él, exclamó: «¡Si no vienes á mí, iré, pues, yo á tí!»

Aquella salida, en que la razón tomaba una fuerza incisa, era capaz de hacer vacilar á Luciano entre el sistema de la pobreza sumisa que predicaba el cenáculo, y la doctrina militante que le exponía Lousteau. Así, pues, el poeta de Angulema guardó silencio hasta el bulevar del Temple.

El Panorama Dramático, hoy reemplazado por una casa, era una encantadora sala de espectáculos situada enfrente de la calle Charlot, en el bulevar del Temple, y en el que sucumbieron dos empresas sin obtener ni un solo éxito, aunque Bouffé, uno de los actores que se dividieron la herencia de Potier, debutara allí, así como Florina, actriz que se hizo célebre cinco años después. Al igual que los hombres, los teatros están sujetos á fatalidades. El Panorama Dramático tenía que luchar con el Ambigú, la Gaité, la Puerta de San Martín y los teatros de *vaudeville*, y no pudo resistir á las maniobras de aquéllos, á las restricciones de su privilegio y á la falta de buenas obras. Los autores no quisieron renir con los teatros existentes por un teatro cuya vida parecía problemática. Sin embargo, la empresa contaba

con una obra nueva, especie de melodrama cómico, de un joven autor, colaborador de algunas celebridades, llamado Du Bruel, que decía haberlo escrito él solo. Aquella obra había sido hecha para el estreno de Florina, hasta entonces comparsa de la Gaité, en donde, desde hacía un año, representaba papelitos en los cuales se había distinguido, sin poder conseguir un ascenso; de modo que el Panorama se la había quitado á su vecino. Coralía, otra actriz, tenía que debutar también allí. Cuando llegaron los dos amigos, Luciano quedó estupefacto ante el poder de la prensa.

—El señor viene conmigo—dijo Esteban al portero, que se inclinó hasta el suelo.

—Les será difícil encontrar sitio—dijo el jefe de los acomodadores.—Sólo hay disponible el palco del director.

Esteban y Luciano perdieron algún tiempo errando por los corredores y hablando con las acomodadoras.

—Vamos á la sala y hablaremos al director, que nos hará entrar en su palco. Además, le presentaré á la heroína de la noche, á Florina.

A una señal de Lousteau, el portero de la orquesta cogió una llavecita y abrió una puerta falsa practicada en una pared gruesa; Luciano siguió á su amigo, y pasó de pronto del corredor iluminado al agujero negro que, en casi todos los teatros, sirve de comunicación entre la sala y el escenario. Después, subiendo algunos escalones húmedos, el poeta de provincia alcanzó el escenario, donde le esperaba el espectáculo más extraño. La estrechez de los *portantes*, la altura del teatro, las escaleras alumbradas con quinqués, las decoraciones tan horribles vistas de cerca, los actores tan embadornados, sus vestidos tan raros y hechos con telas tan ordinarias, los camareros con vestidos grasientos, las cuerdas que cuelgan, el director que se pasea cubierto, los comparsas sentados, las decoraciones del fondo colgando, los bomberos, aquel conjunto de cosas grotescas, tristes, sucias, horribles, relucientes, se parecían tan poco á lo que Luciano había visto desde su localidad en el teatro, que su asombro no tuvo límites. Acababan de representar un melodrama bastante bueno titulado *Bertrán*, obra sacada de una tragedia de Maturín que apreciaban mucho Nodier, lord Byron y Walter Scott, pero que no tuvo éxito en París.

—No deje usted mi brazo si no quiere caer en una

trampa, recibir un bosque en la cabeza, derribar un palacio ó llevarse una choza—dijo Esteban á Luciano.—¿Está Florina en su palco, rica?—preguntó á una actriz que se disponía á entrar en escena escuchando á los actores.

—Sí, cariño. Te doy las gracias por lo que has dicho de mí, y te lo agradezco más porque Florina entraba aquí.

—Vamos, procura hacer resaltar la escena, pequeña mía—le dijo.—Precipítate con la pierna al aire y dime: *¡Detente, desgraciado!* pues hay ahí dos mil francos de sueldo.

Luciano vió con estupefacción que la actriz se componía y exclamaba: *¡Detente, desgraciado!* de manera que le heló de espanto. Ya no era la misma mujer.

—¿Es esto el teatro?—dijo á Lousteau.

—El teatro es, como las tiendas de las galerías de Bois y como un periódico para la literatura, una verdadera cocina—respondió su novel amigo.

Nathán apareció.

—¿A qué viene usted aquí?—le preguntó Lousteau.

—Hago la reseña de los teatros de poca importancia en la *Gaceta*, mientras espero cosa mejor—respondió Nathán.

—Venga usted á cenar esta noche con nosotros, y trate bien á Florina; estaremos á la recíproca—le dijo Lousteau.

—Disponga usted—respondió Nathán.

—Ya lo sabe usted, ahora vive en la calle de Bondy.

—¿Quién es ese guapo muchacho que va contigo, mi pequeño Lousteau?—dijo la actriz al salir de la escena á bastidores.

—¡Ah! querida mía, un gran poeta, un hombre que será célebre. Como comerán ustedes juntos, señor Nathán, le presento al señor Luciano de Rubempré.

—Lleva usted un nombre hermoso, señor—dijo Raúl á Luciano.

—Luciano, el señor Raúl Nathán—dijo Esteban á su nuevo amigo.

—Caballero, hace dos días leí lo que usted ha escrito, y no concibo cómo puede usted permanecer humilde ante un periodista, cuando ha escrito un libro tan hermoso y una colección de poesías semejantes.

—Ya me lo dirá usted cuando publique su primer libro—respondió Nathán, dejando escapar una significativa sonrisa.

—¡Toma, toma! ¿desde cuándo se estrechan la mano los ultras y los liberales?—exclamó Vernou al ver aquel trío.

—Por la mañana soy de la opinión de mi periódico—dijo Nathán;—pero por la noche pienso como quiero: *de noche todos los redactores son pardos* (1).

—Esteban—dijo Feliciano dirigiéndose á Lousteau,—Finot ha venido conmigo, te busca. Y... aquí le tienes.

—¡Eh! ¿no hay un sitio para mí?—dijo Finot.

—Siempre tiene usted uno en nuestros corazones—le dijo la actriz, que le dirigió una de sus más agradables sonrisas.

—Vamos, veo que ya estás curada de tu amor, mi querida Florville. Se decía que te había raptado un príncipe ruso.

—Pero ¿se raptó á las mujeres hoy?—dijo la Florville, que era la actriz de *¡Detente, desgraciado!* Hemos estado diez días en Saint-Mandé, que le han valido á mi príncipe pagar una indemnización á la empresa. El director—continuó Florville riendo,—va á rogar á Dios que vengan muchos príncipes rusos, pues sus indemnizaciones le procurarán muchas entradas sin gastos.

—Y tú, pequeña—dijo Finot á una bonita aldeana que les escuchaba,—¿dónde has robado esos solitarios que llevas en las orejas? ¿Has hecho un príncipe indio?

—No, pero sí un comerciante en betún, un inglés que ya se ha marchado! No todo el mundo consigue, como Florina y Coralía, negociantes millonarios cansados de sus mujeres. ¿Qué suerte tienen!

—No vas á entrar á tiempo, Florville—exclamó Lousteau,—el betún de tu amigo se te sube á la cabeza.

—Si quieres tener éxito—le dijo Nathán,—en vez de gritar como una furia: *¡Se ha salvado!*, entra sencillamente, llega hasta el declive y di con voz de pecho: *Se ha salvado*, como la Pasta dice: *¡Oh patria! en Tancredo*. Anda, sal—añadió empujándola.

—Ya no hay tiempo, ha fallado el efecto—dijo Vernou.

—¿Qué ha hecho? la sala aplaude á rabiar—dijo Lousteau.

—Les ha enseñado la garganta al ponerse de rodillas, es un gran recurso—dijo la actriz viuda del betún.

—El director nos deja su palco, me encontrarás allí—dijo Finot á Esteban.

Lousteau condujo entonces á Luciano por detrás del tea-

(1) Gris, borrachos, pardos. (N. del T.)

tro, á través del dédalo de bastidores, de corredores y de escaleras, hasta un cuartito del tercer piso, al que llegaron seguidos de Nathán y de Feliciano Vernou.

—Buenos días ó buenas noches, señores—dijo Florina.—Caballero—dijo volviéndose hacia un hombre grueso y pequeño que se mantenía en un rincón,—estos señores son los árbitros de mi destino, mi porvenir está en sus manos; pero espero que estarán á nuestra mesa mañana por la mañana, si el señor Lousteau no ha olvidado nada...

—¡Cómo! tendrá usted al Blondet de los *Debates*—le dijo Esteban,—al verdadero Blondet, al mismo Blondet, en fin, á Blondet.

—¡Oh! mi pequeño Lousteau, toma, necesito abrazarte—le dijo saltándole al cuello.

Ante aquella demostración, Matifat, el hombre grueso, tomó un aire serio. A los diez y seis años, Florina era delgada. Su belleza, al igual que un capullo lleno de promesas, sólo podía agradar á los artistas que prefieren los bocetos á los cuadros. Aquella encantadora actriz tenía en los rasgos toda la finura que la caracteriza, y se parecía entonces á la Mignón de Goethe. Matifat, rico droguero de la calle de los Lombardos, había pensado que una pequeña actriz de los bulevares sería poco gastadora; pero Florina le costó sesenta mil francos en once meses. Nada pareció á Luciano más extraordinario que aquel honrado y probo negociante colocado, como un dios Término, en un rincón de aquel recinto de diez pies cuadrados, cubierto de un papel bonito y adornado de un busto, un diván, dos sillas, una alfombra y una chimenea, y lleno de armarios. Una camarera terminaba de vestir de chula á la actriz. La obra era un enredo en el que Florina representaba el papel de condesa.

—Dentro de cinco años, esta criatura será la actriz más hermosa de París—dijo Nathán á Feliciano.

—¡Ah! amores míos—dijo Florina volviéndose hacia los tres periodistas,—alabadme mañana: como primera medida, he encargado coches esta noche, pues os pienso emborrachar hasta que no podáis teneros de pie. Matifat ha encargado unos vinos... ¡oh, qué vinos! dignos de Luis XVIII, y ha tomado el cocinero del ministro de Prusia.

—Esperamos cosas inauditas al ver al señor—dijo Nathán.

—Sabe que trata con los hombres más peligrosos de París—respondió Florina.

Matifat miraba á Luciano con aire inquieto, pues la hermosura de aquel joven excitaba sus celos.

—Pero, he ahí uno que yo no conocía—dijo Florina fijándose en Luciano.—¿Quién de ustedes ha traído de Florencia el Apolo de Belvedere? El señor es hermoso como una figura de Girodet.

—Señorita—dijo Lousteau,—el señor es un poeta de provincia que me he olvidado de presentarle. Está usted tan hermosa esta noche, que es imposible pensar en los cumplidos pueriles y honrados...

—¿Es rico, que hace versos?—preguntó Florina.

—Soy pobre como Job—respondió Luciano.

—Eso es muy tentador para nosotros—dijo la actriz.

Du Bruel, el autor de la obra, un joven de levita, pequeño, desenvuelto, que tenía tanto del burócrata y del propietario como del agente de cambio, entró de pronto.

—Mi pequeña Florina—dijo,—sabe usted bien su papel ¿eh? no olvide usted nada. Cuide la escena del segundo acto, se necesita mordacidad y astucia. Diga bien: *Yo no le amo á usted*, como ya hemos convenido.

—¿Por qué toma usted papeles en los que hay tales frases?—dijo Matifat á Florina.

Una carcajada general acogió la observación del droguero.

—¿Qué más le da á usted eso—dijo ella,—toda vez que no se lo digo á usted, animal estúpido? ¡Oh! me hace feliz con esas majaderías—añadió mirando á los autores.—Les juro que le pagaría un tanto por cada estupidez si no temiera arruinarme.

—Sí, pero al decir eso me mira usted como cuando dice su papel, y eso me causa miedo—respondió el droguero.

—Bueno, pues miraré á mi pequeño Lousteau, respondió ella.

Una campanilla sonó en los corredores.

—Idos todos—dijo Florina,—dejadme volver á leer el papel y que procure entenderlo.

Luciano y Lousteau salieron los últimos. Lousteau abrazó á Florina, y Luciano oyó decir á la actriz:

—Imposible esta noche. Ese viejo animal ha dicho á su mujer que se iba al campo.

—¿La encuentra usted bonita?—dijo Esteban á Luciano.

—Pero, querido mío, ese Matifat...—exclamó Luciano.

—¡Ay, hijo mío! aun no conoce usted nada de la vida

parisiense—respondió Losteau.—¡Hay necesidades que es preciso aguantar! Es lo mismo que si quisiese usted á una mujer casada, eso es todo. Uno se conforma.

Esteban y Luciano entraron en un palco proscenio, en la platea, donde encontraron al director del teatro y á Finot. Frente á ellos, en el palco opuesto, estaba Matifat con uno de sus amigos llamado Camusot, un comerciante en sedas que protegía á Coralia, y, además, su suegro, un viejecito pequeño y bondadoso. Aquellos tres burgueses limpiaban los cristales de sus gemelos mirando la platea, cuyas agitaciones les inquietaban. Los palcos ofrecían el aspecto extravagante de los estrenos: periodistas con sus queridas, mujeres de vida alegre con sus amantes, algunos ancianos asiduos á las primeras representaciones, y gentes del gran mundo á quienes les gusta aquella especie de emociones. En un palco proscenio estaba el director general y su familia, que había colocado á Du Bruel en una empresa financiera, en la que le daban un buen sueldo. Después de la comida, Luciano iba de sorpresa en sorpresa. La vida literaria, tan pobre desde dos meses, tan descarnada á sus ojos, tan horrible en la habitación de Lousteau, tan humilde y tan insolente á la vez en las galerías de Bois, se desenvolvía con extraña magnificencia y con aspectos singulares. Aquella mezcla de altos y bajos, de compromisos con la conciencia, de supremacías y bajezas, de traiciones y placeres, de grandezas y de servilismos, le hacía tomar el aire estúpido de un hombre atento á un espectáculo inaudito.

—¿Cree usted que le dará dinero la obra de Du Bruel?—dijo Finot al director.

—La obra es una pieza de intriga en la que Du Bruel ha querido imitar á Beaumarchais. Al público de los bulevares no gusta ese género, quiere saciarse de emociones. Aquí no se aprecia el talento. Esta noche todo depende de Florina y de Coralia, que están deslumbradoras de gracia y de belleza. Estas dos criaturas llevan unas faldas muy cortas, danzan un baile español, y pueden entusiasmar al público. Esta representación es un juego de azar. Si los periódicos publican algunos artículos ingeniosos, en caso de éxito, puedo ganar cien mil francos.

—Vamos, ya lo veo, será un éxito de simpatía—dijo Finot.

—Hay tramada una conjura por los tres teatros vecinos,

y silbarán; pero me he puesto en situación de hacer abortar esas maquinaciones. He pagado á los clauquistas enviados contra mí, y silbarán mal. Ahí hay dos negociantes que, para proporcionar un triunfo á Coralia y á Florina, han tomado cien entradas cada uno y las han dado á conocidos suyos capaces de poner la conjura en la calle. Como ha sido pagada dos veces, la cábala se dejará arrojar, y esta ejecución siempre dispone bien al público.

—¡Doscientas entradas! ¡qué personas tan preciosas!—exclamó Finot.

—¡Sí! Con otras dos actrices bonitas tan ricamente sostenidas como Coralia y Florina, saldrá de apuros.

Desde hacía dos horas, todo se resolvía con dinero á presencia de Luciano. Tanto en el teatro como en la librería, y en ésta como en el periódico, no se trataba del arte y la gloria. Aquellos golpes del gran volante de la Moneda, repetidos en su cabeza y en su corazón, le inquietaban. Mientras la orquesta tocaba la sinfonia, no pudo menos de comparar los aplausos y los silbidos de la sala revuelta con las escenas de poesía tranquila y pura que había presenciado en la imprenta de David, cuando veían los dos las maravillas del arte, los nobles triunfos del genio, la gloria de blancas alas. Al recordar las noches del cenáculo, brilló una lágrima en los ojos del poeta.

—¿Qué le pasa?—le preguntó Esteban.

—Veo la poesía en un lodazal—contestó.

—¡Ah! querido mío, aun tiene usted ilusiones.

—Pero ¿es preciso humillarse y sufrir aquí á esos gruesos Matifat y Camusot, como las actrices sufren á los periodistas y nosotros á los librereros?

—Pequeño mío—le dijo Esteban al oído señalándole á Finot,—¿ve usted ese muchacho pesado, sin inteligencia ni talento, pero avaro, queriendo ser rico á toda costa, hábil en negocios, y que en la tienda de Dauriat me ha cobrado el cuarenta por ciento fingiendo que me hacía un favor?... Pues bien, tiene cartas en las que varios genios en embrión se humillan ante él por cien francos.

Una contracción de repugnancia comprimió el corazón de Luciano, que se acordó de: *Finot, ¿y mis cien francos?* y de aquel dibujo dejado en el tapete verde de la redacción, y dijo:

—Antes moriría.

—Vale más vivir—le respondió Lousteau.

En el momento de levantarse el telón, el director salió y se fué á bastidores á dar algunas órdenes.

—Querido mío—dijo entonces Finot á Esteban,—cuento con la palabra de Dauriat; he comprado la tercera parte de la propiedad del periódico semanal. Lo hemos arreglado por treinta mil francos al contado y con la condición de que seré redactor jefe y director. Es un negocio soberbio. Blondet me ha dicho que se preparan leyes restrictivas contra la prensa y que sólo dejarán los periódicos existentes. Dentro de seis meses, se necesitará un millón para fundar un periódico. He cerrado el trato sin tener más que diez mil francos. Escucha. Si consigues que me compre Matifat la mitad de mi parte por treinta mil francos, te nombraré redactor jefe de mi periodiquito, con doscientos cincuenta francos de sueldo al mes. Serás mi testaferro. Quiero dirigir siempre la redacción, conservar en ella todos mis intereses y que parezca que no figuro para nada. Todos los artículos te serán pagados á razón de diez francos la columna; de este modo, puedes tener un beneficio de quince francos diarios no pagándolos más que á tres francos y aprovechándote de los artículos gratuitos. Esto te producirá cuatrocientos cincuenta francos mensuales. Pero quiero ser dueño de hacer atacar ó defender á los hombres y los negocios en el periódico, dejándote á ti también satisfacer los odios y las amistades que no estorben mi política. Tal vez seré ministerial ó ultra, aun no lo sé; pero quiero conservar, bajo mano, mis relaciones liberales. Te lo cuento todo, porque eres un buen muchacho. Quizá te consiga las reseñas de las Cámaras en el periódico donde las hago yo, porque yo no podré hacerlas. Así, pues, sírvete de Florina en esta maquinación, y dile que procure apresurarla: no dispongo más que de cuarenta y ocho horas para desdecirme, si no puedo pagar. Dauriat ha vendido otra tercera parte por treinta mil francos á su impresor y á su comerciante en papel. Él se queda una tercera parte *gratis*, y aun gana diez mil francos, toda vez que todo no le cuesta más que cincuenta mil. Pero dentro de un año, las suscripciones valdrán doscientos mil francos en la corte, si se tiene, como es presumible, el buen sentido de amortizar los periódicos.

—Tienes mucha suerte—dijo Lousteau.

—Si tú hubieses pasado los días de miseria que yo, no

dirías eso. Mira, ahora sufro una contrariedad irremediable: soy hijo de un sombrerero que vende aún sombreros en la calle del Gallo. Sólo un cambio radical puede elevarme, y, á falta de una revolución, tengo que tener millones. De esas cosas, no sé si la revolución es la más fácil. Si yo llevase el nombre de tu amigo, estaría en una hermosa fase. Silencio, que viene el director. Adiós—dijo Finot levantándose.—Voy á la Ópera, tal vez tendré un duelo mañana: hago y firmo con una F un artículo terrible contra dos bailarinas que tienen generales por amigos. Ataco, y fuerte, á la Ópera.

—¡Ah! ¡bah!—dijo el director.

—Sí, todos son mezquinos conmigo—respondió Finot.—Este me suprime mis palcos, aquél se niega á tomarme cincuenta suscripciones. He presentado un ultimátum á la Ópera: quiero ahora cien suscripciones y cuatro palcos para mí. Si aceptan, mi periódico tendrá ochocientos suscriptores servidos y mil de pago. Conozco los medios para tener aún otras doscientas suscripciones: llegaremos á las mil doscientas en Enero...

—Acabará usted por arruinarnos—dijo el director.

—Sobre todo á usted, que sólo tiene diez suscripciones. He hecho que escribieran dos artículos buenos en *El Constitucional*.

—¡Oh! no me queje de usted—dijo el director.

—Hasta mañana por la noche, Lousteau—repuso Finot.—Me darás la contestación en los Franceses, donde hay un estreno, y como no podré hacer la reseña, tomarás mi palco del periódico. Te doy la preferencia: te has molestado por mí, y soy agradecido. Feliciano Vernou me ofrece perdonarme el sueldo durante un año y darme veinte mil francos por una tercera parte de la propiedad del periódico; pero quiero permanecer yo siendo el dueño absoluto. Adiós.

—Por algo se llama Finot (1)—dijo Luciano á Lousteau.

—¡Oh! es un ahorcado que hará carrera—le respondió Esteban sin preocuparse de que podía ser oído por el hombre hábil, que cerraba la puerta del palco.

—¿Él?...—dijo el director—será millonario, gozará de la consideración general, y tal vez tendrá amigos...

(1) Marrullero.

—¡Dios mío!—dijo Luciano;—¡qué caverna! ¿Y va usted á emprender semejante negociación por medio de esa deliciosa joven?—dijo señalándole á Florina, que les lanzaba miradas.

—Y lo logrará. Usted no conoce la abnegación y la astucia de esas encantadoras criaturas—respondió Lousteau.

—Borran todos sus defectos y rescatan todas sus culpas con la magnitud, con lo infinito de su amor, cuando aman—dijo el director prosiguiendo.—La pasión de una actriz es tanto más hermosa cuanto que produce un contraste más violento con lo que la rodea.

—Es encontrar en el barro un diamante digno de adornar la corona más orgullosa—replicó Lousteau.

—Pero—continuó el director,—Coralia está distraída. Su amigo está conquistando á Coralia sin darse cuenta, y va á hacer que estropee alguna escena; ya no se fija en las contestaciones, ya le ha ocurrido dos veces no oír al apuntador. Señor, se lo ruego, póngase en un rincón—dijo á Luciano.—Si Coralia está enamorada de usted, voy á decirle que se ha marchado.

—¡Eh! de ningún modo—exclamó Lousteau;—dígame más bien que el señor es de la cena y que hará de él lo que quiera, y la verá trabajar como la señorita Mars.

El director salió.

—Amigo mío—dijo Luciano á Esteban,—¿no siente usted ningún escrúpulo de hacer que la señorita Florina pida treinta mil francos á ese droguero por la mitad de una cosa que Finot acaba de comprar por esa cantidad?

Lousteau no dejó á Luciano acabar su razonamiento.

—Pero ¿de qué país es usted, mi querido niño? Ese droguero no es un hombre, es una caja de caudales entregada al amor.

—Pero ¿y la conciencia de usted?

—La conciencia, querido, es el palo que cada cual empuña para golpear á su vecino, y del que no se sirve nunca contra él mismo. ¿En qué demonios piensa usted? ¿La casualidad hace por usted en un día un milagro que yo he esperado durante dos años, y se entretiene usted en discutir los medios? ¡Cómo! ¡usted que parece que tiene talento y que llega á la independencia de ideas que deben tener los aventureros intelectuales en la sociedad en que vivimos, vacila ante escrúpulos de religioso que se acusa de haber comido un

huevo con gula?... Si Florina sale airosa, seré redactor jefe, ganaré doscientos cincuenta francos fijos, haré la reseña de los grandes teatros, dejo á Vernou los teatros de *vaudeville* y usted se calza las botas sucediéndome en todos los teatros de los bulevares. Tendrá usted entonces tres francos por columna, y escribirá una diaria, treinta al mes, que le producirán noventa francos; tendrá usted sesenta francos de libros para vender á Barbet; además, podrá pedir mensualmente á sus teatros diez entradas, en total cuarenta entradas, que venderá por cuarenta francos al Barbet de los teatros, un hombre con el que le pondré en relación. De este modo, tendrá usted doscientos francos mensuales. Podrá usted, haciéndose útil á Finot, colocar un artículo de cien francos en su nuevo periódico hebdomadario, en el caso de que desplegara usted un talento excepcional; pues allí se firma, y es preciso no soltar prenda como en los periodiquillos. Así tendría usted cien escudos. Querido, hay personas de talento, como ese pobre de Artez que come todos los días en casa de Flicoteaux, que tardan diez años antes de ganar cien escudos. Usted ganará con su pluma cuatro mil francos al año, sin contar los ingresos de la librería, si escribe para ella. Ahora bien, un subprefecto sólo tiene mil escudos de sueldo, y se aburre soberanamente en su distrito. No le hablo del placer de ir á los teatros sin pagar, porque ese placer se convertirá muy pronto en fastidio; pero tendrá usted entrada á los escenarios de cuatro teatros. Si es usted duro y ocurrente durante uno ó dos meses, se verá colmado de invitaciones y de jiras con las artistas; será usted cortejado por sus amantes, y no comerá en casa de Flicoteaux más que los días que no tenga tres francos en el bolsillo ni ningún convite. Hace cinco horas no sabía usted qué hacer en el Luxemburgo, y ahora está en vísperas de convertirse en una de las cien personas privilegiadas que imponen sus opiniones á Francia. Dentro de tres días, si salimos airosos, puede usted hacer maldecir la vida á un hombre con treinta frases buenas impresas á razón de tres diarias; podrá usted crearse rentas de placer con todas las actrices de sus teatros; tumbar una obra buena y hacer que acuda todo París á una mala. Si Dauriat se niega á imprimir las *Margaritas* sin darle nada, podrá usted hacerle ir humilde y sumiso á su casa á comprárselas por dos mil francos. Tenga talento y coloque en tres periódicos distintos

tres artículos que amenacen matar alguna de las especulaciones de Dauriat ó un libro en el que tenga esperanzas, y le verá usted subir á su buhardilla y residir en ella como una clemátida. Finalmente, su novela: los libreros, que en este momento le pondrían todos de patitas en la calle más ó menos cortésmente, formarán cola en su casa, y el manuscrito, por el que le daría cuatrocientos francos el padre Doguereau, será pujado hasta cuatro mil. Estos son los beneficios del oficio de periodista. Por eso impedimos la entrada en los periódicos á todos los recién llegados; para entrar en ellos, no sólo se necesita un talento inmenso, sino además mucha suerte. ¡Y discute usted su fortuna!... Mire, si no nos hubiésemos encontrado hoy en casa de Flicoteaux, andaría usted por ahí durante tres años papando moscas ó se moriría de hambre en un granero, como de Artez. Cuando Artez sea tan instruído como Bayle y tan gran escritor como Rousseau, nosotros habremos hecho nuestra fortuna y seremos dueños de la suya y de su gloria. Finot será diputado y propietario de un gran periódico, y nosotros seremos lo que hayamos querido ser: pares de Francia ó presos por deudas en Santa Pelagia.

—¡Y Finot venderá su gran periódico á los ministros que le den más dinero, como vende sus elogios á la señora Bastienne denigrando á la señorita Virginia, y demostrando que los sombreros de aquélla son superiores á los que el periódico alababa primerol—exclamó Luciano acordándose de la escena que había presenciado.

—Es usted un necio, querido—le contestó Lousteau con tono seco.—Hace tres años, Finot se pisaba las gomas de las botas, comía en casa Tabar por noventa céntimos, redactaba un prospecto por diez francos, y se le sostenía la chaqueta en el cuerpo por un misterio tan impenetrable como el de la inmaculada concepción. Finot tiene ahora un periódico propio valorado en cien mil francos: con los suscriptores que pagan y no se les sirve, con los suscriptores reales y las contribuciones indirectas que percibe su tío, gana veinte mil francos al año; todos los días tiene las comidas más suntuosas, y gasta cabriolé desde hace un mes; finalmente, mañana estará al frente de un periódico hebdomadario, con una sexta parte de propiedad por nada, con quinientos francos de sueldo al mes, á los que añadirá mil francos por artículos obtenidos gratis y que hará pagar á

sus socios. Usted mismo será el primero en darle tres artículos gratis á Finot, si consiente en pagarle cincuenta francos por página. Cuando esté usted en una posición análoga, podrá juzgar á Finot; uno no puede ser juzgado más que por sus iguales. ¿No tiene usted ante sí un porvenir inmenso si obedece ciegamente á los odios de posición, si ataca cuando Finot le diga «jataque!», y si alaba cuando él le diga «jalabel!»? Cuando tenga usted que ejecutar alguna venganza contra alguien, podrá hundir á su amigo ó enemigo con una frase insertada todos los días en nuestro periódico, diciéndome: «¡Lousteau, matematos á ese hombre!» Y usted podrá cebarse en su víctima con un brillante artículo en el periódico hebdomadario. Finalmente, si el asunto es de capital importancia para usted, Finot, á quien se habrá hecho usted necesario, le dejará darle el último golpe en un gran periódico que tendrá diez ó doce mil suscriptores.

—¿De modo que cree usted que Florina decidirá á su droguero á que haga el negocio?—dijo Luciano deslumbrado.

—¡Ya lo creol Como estamos en el entreacto, voy á decirle yo dos palabras, pues el asunto se concluirá esta noche. Una vez aprendida la lección, Florina tendrá todo mi talento y el suyo.

—¡Y ese honrado negociante que está ahí, con la boca abierta, admirando á Florina, sin sospechar que va á sacarle ella treinta mil francos!...

—¡Otra estupidez más! ¡Cualquiera diría que le roban!—exclamó Lousteau.—Pero, querido, si el ministerio compra el periódico, dentro de seis meses el droguero tendrá tal vez cincuenta mil francos por sus treinta mil. Además, Matifat no pensará en el periódico, sino en los intereses de Florina. Cuando se sepa que Matifat y Camusot (pues se repartirán el negocio) son propietarios de una revista, se publicarán en todos los periódicos artículos halagüefos para Florina y Coralía. Florina será célebre y tal vez consiga un contrato de doce mil francos en otro teatro. Finalmente, Matifat economizará los mil francos mensuales que le costarían los regalos y las comidas á los periodistas. No conoce usted ni los hombres ni los negocios.

—¡Pobre hombre!—dijo Luciano,—piensa pasar una noche agradable.

—Y—continuó Lousteau—se verá abrumado por mil



razones hasta que haya mostrado á Florina la adquisición de la sexta parte comprada á Finot. Y yo, al día siguiente, seré redactor jefe, y ganaré mil francos mensuales. ¡Ya ha llegado el fin de mis miserias! — exclamó el amante de Florina.

Lousteau salió dejando á Luciano absorto, perdido en un abismo de ideas, volando por encima del mundo como estaba. Después de haber visto en las galerías de Bois los hilos de la librería y la cocina de la gloria; después de haberse paseado por los escenarios del teatro, el poeta veía el reverso de las conciencias, el juego de las ruedas de la vida parisiense, el mecanismo de todo. Había envidiado la dicha de Lousteau al admirar á Florina en escena. Hubo unos instantes en que olvidó á Matifat. Permaneció así durante un tiempo inapreciable, acaso cinco minutos. Aquello fué una eternidad. Pensamientos ardientes abrasaban su alma, así como sus sentidos estaban excitados por el espectáculo de aquellas actrices de ojos lascivos, realizados por el bermellón de las mejillas, de gargantas brillantes, vestidas con basquiñas voluptuosas, de pliegues licenciosos, con faldas cortas, mostrando sus piernas con medias rojas y calzados capaces de conmover á un paraíso. Dos corrupciones caminaban por dos líneas paralelas, y devoraban al poeta, que apoyaba una mano en el ángulo del palco, con el brazo extendido sobre el terciopelo rojo de la barandilla y los ojos fijos en el telón, y tanto más accesible á los encantos de aquella vida mezclada de relámpagos y de nubes, cuanto que brillaba como un fuego artificial después de la noche profunda de su vida activa, obscura, monótona. De pronto, la luz amorosa de un ojo deslizóse hasta los distraídos ojos de Luciano, por el agujero del telón de boca. El poeta, sacado de su insimismamiento, reconoció el ojo de Coralía que le abrasaba; bajó la cabeza, y miró á Camusot que entraba entonces en el palco de enfrente. Aquel amador era un bueno y regordete comerciante en sedas de la calle de Bourdonnais, juez del tribunal de comercio, padre de cuatro hijos, casado en segundas nupcias y con ochenta mil libras de renta, pero de cincuenta y seis años de edad, con un mechón de cabellos grises en la cabeza, el aspecto bonachón del hombre que goza lo que le resta de vida y que no quiere dejarla sin su parte de alegría, después de haberse tragado los mil y un sinsabores

del comercio. Aquella frente de color de manteca fresca, y sus carrillos monásticos y colorados, parecía que no eran bastante anchos para contener la expansión de un júbilo superlativo; Camusot estaba sin su mujer, y oía aplaudir á Coralía á rabiar. Coralía era todas las vanidades juntas de aquel rico burgués; con ella hacía el gran señor antiguo. En aquel momento participaba por una mitad del éxito de la actriz, tanto más cuanto que lo había pagado. Su conducta era sancionada por la presencia del suegro de Camusot, un viejecito de cabellos empolvados y de ojos picaruelos, y, sin embargo, muy digno. Las repugnancias de Luciano se despertaron y se acordó del amor puro y exaltado que había sentido durante un año por la señora de Bargetón. Al instante el amor poético desplegó sus alas blancas; mil recuerdos rodearon de horizontes azulados al gran hombre de Angulema, que cayó otra vez en ensueños. El telón se alzó. Coralía y Florina estaban en escena.

—Querida mía, piensa en ti lo mismo que el sultán de Turquía—le dijo en voz baja Florina á Coralía, mientras ésta recitaba una respuesta.

Luciano no pudo menos de reirse, y miró á Coralía. Esta mujer, una de las más encantadoras y deliciosas actrices de París, la rival de la señora Perrín y de la señorita Fleuriot, á las que se parecía y cuya misma suerte tendría, era el tipo de las mujeres que fascinan á su antojo á los hombres. Coralía ofrecía el tipo sublime de la mujer india, ese rostro largo y ovalado de color de marfil rubio, de boca roja como una granada y de barbilla fina como el borde de una copa. Bajo sus párpados, abrasados por una pupila de jaspero, bajo sus pestañas encorvadas, adivinábase una mirada lánguida en la que brillaban siempre los ardores del desierto. Aquellos ojos sombreados por un círculo azulado estaban adornados de unas cejas arqueadas y pobladas. Sobre una frente morena, coronada por dos bandas de ébano, en las que brillaban entonces las luces como si fuesen de barniz, adivinábase un talento que podía confundirse con el genio. Pero, al igual que muchas actrices, Coralía, sin talento á pesar de su ironía de bastidores, sin instrucción á pesar de su experiencia de tabuco, no tenía más que la inteligencia de los sentidos y la bondad de las mujeres enamoradizas. Por otra parte, ¡podía nadie ocuparse de la moral, cuando deslumbraba la mirada, con sus brazos redondos y pulimentados,